

Chez Loynaz y excursión a Vueltabajo, *bis*

En 1943 Alejo Carpentier estaba escribiendo una novela, *El clan disperso*, que abordaba, desde una perspectiva desencantada y muy crítica, tanto las experiencias del Grupo Minorista –principal animador de la vanguardia artística cubana, de la que él tomara parte activísima–, como las sucesivas «dispersiones» que marcaron su disolución. A ella podría haber sumado, o en ella podría haberse trasmutado, algo de lo que llamó, en carta enviada de París a su madre poco después de la caída de la dictadura de Gerardo Machado, «mi segunda novela»: *El castillo de campana Salomón*, cuya trama definía como ubicada en Cuba entre 1910 y 1933.¹

En la Biblioteca Nacional José Martí de La Habana se conserva el manuscrito inconcluso de *El clan disperso*,² entregado por Carpentier, en calidad de depósito, a mediados de los años 70. Son en total alrededor de trescientas cuartillas mecanografiadas, en diferentes versiones, con correcciones a lápiz y pluma, así como páginas y apuntes escritos a mano. Aunque hay pasajes bastante extensos que permiten seguir en parte su desarrollo y reconocer situaciones y personajes de la época, más o menos identificables –se trata en buena medida de un *roman à clef*–, no es posible desentrañar del todo la estructura de la novela ni el desenlace de cada una de las tramas que la conforman, articuladas a través de episodios desarrollados en torno a sus protagonistas, cinco –o más– jóvenes escritores y artistas.

En 1944, el mismo año en que tras un largo silencio narrativo publica «Oficio de tinieblas»³ y *Viaje a la semilla*⁴ –en cuya contraportadilla se

1 Fundación Alejo Carpentier: CM, Correspondencia con Lina Valmont, [1933].

2 Biblioteca Nacional José Martí: CM, Alejo Carpentier, No. 113.

3 *Orígenes*, Año 1, No. 4, La Habana, 1944, pp. 32-38.

4 La Habana [Impr. Úcar, García y Cía.].

coloca *El clan disperso* bajo el rubro de novela «en preparación»-, apareció un capítulo de *El clan...* en *Gaceta del Caribe*,⁵ que sin dudas constituye un importantísimo antetexto de *El reino de este mundo* y de su prólogo.⁶ En 1975 y por decisión de su autor, la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* publicó otro capítulo de *El clan...*: «La conjura de Parsifal», en un número dedicado a celebrar los setenta años de Carpentier.⁷

Lo que damos a conocer en las páginas que siguen son cuatro pasajes de *El clan disperso*, completos en sí mismos. En ellos aparecen dos de sus protagonistas, el escritor Alberto y el músico Nicolás, junto a otros dos personajes, inspirados en miembros de la familia Loynaz, tan significativa en la historia de la cultura cubana del siglo xx: uno femenino que es en gran parte Dulce María con algún toque de su hermana Flor, y uno masculino que es sin dudas Carlos Manuel. Los cuatro pasajes –numerados convencionalmente para esta, su primera publicación– tienen continuidad en el tiempo, pues se trata de episodios y situaciones sucesivos; pero, de acuerdo con la paginación de los manuscritos, se hallan dislocados en la estructura de la novela, aunque parecen haber formado parte de lo que el subtítulo que antecede al pasaje inicial llama «Primera dispersión». Los dos primeros segmentos se desarrollan en momentos distintos, mientras que la trama de los dos últimos es cronológicamente continua.

En distintas ocasiones tanto Alejo Carpentier como Dulce María Loynaz hablaron⁸ o escribieron⁹ de las visitas del primero a casa de la segunda y de su participación en las memorables veladas y aventuras en las que coincidían sus invitados. También se conoce la importancia que tuvieron para la formación musical del novelista las partituras que encontró en aquella casa de la calle Línea.¹⁰

Igualmente se han referido Alejo Carpentier y Dulce María Loynaz a cómo los jóvenes de esta familia, con su vida regida por horarios y costumbres insólitos, su intelectualización de cuanto los rodeara, su cultura, sensibilidad, inquietudes y riqueza, las obras de arte, novedades y también antigüedades que acumulaban en su casa, sirvieron de modelos a los personajes protagónicos que encontramos en las primeras páginas de *El siglo de las luces*.¹¹ Lo que es fácilmente advertible sobre todo en el segundo de estos pasajes de *El clan...*, el cual constituye un antetexto del *El siglo...*, y junto con el

5 Año 1, No. 3, La Habana, mayo de 1944, pp. 12-13.

6 Véase Luisa Campuzano: *Carpentier, entonces y ahora*, La Habana, Letras Cubanas, 1997, pp. 11-15.

7 Año 66, No. 1, La Habana, enero-abril de 1975, pp. 25-30. También apareció en *Cuba Internacional*, No. 11-12, La Habana, 1999, pp. 26-28.

8 *Habla Carpentier... sobre La Habana (1912-1930)*, Héctor Veitía, director, largometraje, La Habana, ICAIC, 1973.

9 Dulce María Loynaz: *Fe de vida* (1995), La Habana, Letras Cubanas, 2000, p. 152; Vicente González Castro: *La hija del general. Un encuentro con Dulce María Loynaz*, La Habana, Editorial del Ministerio de Educación Superior, 1991, p. 100.

10 Véase *Habla Carpentier... sobre La Habana*, ob. cit. en n. 8: «uno de ellos [...] que andaba siempre de noche de smoking y fez turco, fue el primero al que oí tocar al piano música de Schönberg».

11 «Habla Alejo Carpentier», en Salvador Arias (comp.): *Recopilación de textos sobre Alejo Carpentier*, La Habana, Casa de las Américas (Serie Valoración Múltiple), 1977, pp. 22-23: «los adolescentes Esteban, Carlos y Sofía responden, en su “desorden temporal”, en su conversión del fluir del rito doméstico, a una familia cubana que mucho conocí en los años veinte». Vicente González Castro: Ob. cit. (en n. 9), pp. 97-100: «Carpentier se inspiró en nuestra infancia para escribir *El siglo de las luces*. [...] Sobre mí particularmente no escribió, pero lo hizo sobre mis tres hermanos. [...] Flor es el principal personaje [...] La descripción de Carlos Manuel, realmente enfermizo y asmático, se materializa en el personaje de Esteban. [...] Enrique [es] en la novela [...] el personaje de Carlos, quien gozaba de “una robusta salud”.

primero, conforma gran parte de lo narrado por su autor acerca de los Loynaz en el documental sobre La Habana ya mencionado en nota, en el que Carpentier se refiere a «este mundo de los niños terribles de Cocteau» como «el mundo que yo quise pintar un poco en el comienzo de *El siglo de las luces*».

Pero no es solo este vínculo ostensible con *El siglo...* lo que se podrá encontrar en estas páginas con repeticiones, con indecisiones, apenas revisadas por un autor que escribiría siempre obsesionado por el *labor limae*. Aquí también están las largas citas –de *La tempestad*, en este caso–,¹² las alusiones literarias –es de notar la sempiterna negación carpenteriana de Rubén Darío–; el llamado a las artes plásticas para perfilar la silueta de un personaje –«la mujer pintada por Madrazo», «su prerrafaelismo trasnochado»–, o para ilustrar una situación; la omnipresencia de la música, del Medioevo al dodecafonismo, pasando por el repudio a Wagner y el gusto por las tonadas populares; la atracción por las herejías, el ocultismo; la reseña a veces detallada, otras ingeniosa, siempre culta de espacios, mobiliario, comidas, vinos, vajilla, cubiertos, atuendos; y la demorada y pródiga descripción de la naturaleza –los dragos de su excursión a Vueltabajo– que prefigura páginas memorables de *Los pasos perdidos*. Y, por supuesto, la ironía del narrador que celebra –al tiempo que juzga desde su experiencia– el surrealismo sui géneris –«un langostino y una Biblia, debajo de un paraguas abierto»– característico de la complicada poética vital de sus anfitriones; la fascinación que ejercen ese mundo y su hierática regente sobre el escritor enamorado; y el vehemente rechazo del músico vanguardista, iconoclasta, rebelde.

Por último, no pienso que sea mera coincidencia –pero de momento solo puedo anotarlo– que estas páginas dedicadas en *El clan...* a esos *enfants terribles*, se escribieran poco después de la publicación por la revista *Sur* de la crónica en la que Juan Ramón Jiménez recordaba a la familia que lo recibió en La Habana,¹³ crónica que mortificaba a Dulce María Loynaz y a los suyos porque en ella el poeta no se ocupaba de su obra: «Juan Ramón Jiménez publicó en *Sur* [...] la impresión surrealista que le produjo no nuestra poesía, sino nuestra morada».¹⁴

LUISA CAMPUZANO

Dulce María opina que Carpentier no se fijó nunca en ella para un personaje porque era la menos interesante de todos [...], la que tenía una vida más convencional [...].

12 William Shakespeare: *The Tempest*, I, 1; I, 2.

13 «Españoles de tres mundos»: *Sur*, No. 93, Buenos Aires, 1942, pp. 28-31.

14 Dulce María Loynaz: Ob. cit. (en n. 9), p. 180.

ALEJO CARPENTIER

El clan disperso

[1]

Primera dispersión

1

—¡Se me acabó la gasolina!

Avergonzado, el chofer se hundió en las tinieblas, con una lata vacía en la mano. Eran las dos de la madrugada. Alberto y Nicolás, algo achispados, regresaban de Cojímar.

Dos hileras de árboles negros, orlando la carretera. A un lado, un potrero, donde dientes de caballo segaban el espartillo. Enfrente, una loma de pendientes abruptas, cubiertas de aromos cuyas flores amarillas daban sabor al aire. Alberto y Nicolás estaban tan furiosos, que no hallaban de qué hablar. De pronto, alzando las miradas, tuvieron la impresión de que algo raro ocurría en lo alto de la loma. Unas luces parpadeaban en el ritmo de la brisa, dibujando, por momentos, el contorno de extrañas ventanas interrumpidas, que parecían moverse.

—¿Un velorio?...

—¿En casa sin techo?...

—Estamos en tierra de santeros.

—Más me inclino a creer que sea algo de eso.

Atraídos por el misterio, Alberto y Nicolás comenzaron a escalar la cuesta, apartando con las manos las espigas de los aromos. Había ahí una casa derruida —restos de vivienda quemada en los días de la guerra de independencia— de la que quedaban paredones de piedra negruzca. Otras veces se habían percatado de la existencia de esas ruinas deshabitadas, que no tenían, por lo demás, el menor interés. Pero ahora, al acercarse a ellas, tuvieron la impresión de que algo absolutamente anormal ocurría. Algo, como una sábana tendida, se movía al soplo del terral. Varias sombras estaban congregadas ahí. Al aproximarse más, vieron cirios plantados en candeleros macizos. La sábana era mantel puesto sobre una larga mesa. En torno a esa mesa, diez o doce personas cenaban quedamente. A veces, una palabra se destacaba en relieve, sobre la uniformidad de conversaciones quietas. Una risa, pronto apagada. Una frase clara:

–¡Tokay de Hungría, señor Chambelán!

Luego, un verso raro, cantado por una mujer:

– *This island's mine, by Sycorax my mother! Tempestad, acto I, escena i*

Fijos los ojos en aquel conciliábulo, Alberto no advirtió que tenía, delante de sí, una mesa baja, cubierta de vajilla. La porcelana, hecha añicos, se esparció sobre las piedras. Esbozó la fuga... Pero una voz lenta y clara lo detuvo:

–¿Por qué se marchan?... ¿No quieren cenar en nuestra compañía?...

Una mujer, con vestido de brocado blanco como los que se ven en los retratos de Madrazo, estaba erguida en la puerta de las ruinas. Alberto y Nicolás se acercaron, presentándose torpemente. Balbucearon excusas. Tuvieron la impresión de que sus nombres caían en el vacío, y que las excusas no interesaban.

–Señor Chambelán... Ofrezca su mejor vino a estos caballeros. En las copas de plata.

Los comensales se apretaron un poco, y los intrusos se vieron sentados en la mesa del banquete. En grandes bandejas coloniales se ostentaban galantinas, lascas de salmón ahumado, caviar en pocillos y codornices sangrantes de jalea. Los cubiertos eran macizos y labrados. Los platos, de porcelana Luis Felipe, estaban adornados por figuras de charada.

–La solución está en el dorso de cada uno. Mire éste... Las imágenes significan: «Ho-no-rez... père et mère».

–Pero el mío no tiene jeroglífico –dijo Nicolás.

–Pertenece a una serie más antigua, que era de mi bisabuela, amiga del Rey José. El dibujo representa la primera ascensión en globo de los hermanos Montgolfier.

Las copas se llenaban de vino, continuamente vertido por un hombre alto, barbado, silencioso, a quien todos llamaban «el señor chambelán», y a veces «El Comodoro». Eran vinos elegidos, evidentemente, en razón de su rareza. Algunos eran demasiado añejos, y apenas si tenían sabor. Otros se asentaban sobre un poso turbio. Otros olían a corcho. Pero, en sus etiquetas medio roídas, se leía: «Hospices de Beaune», Traminer, Artois... Un largo esfuerzo debía haber preparado aquel convite extraño que no parecía, sin embargo, sorprender a los comensales. Todos parecían pálidos a la luz de los cirios. Las mujeres estaban vestidas de brocado blanco, llevando mantillas de encaje antiguo. Había hombres de casacón bordado, y otros que llevaban entorchados y soles. Uno de ellos, de manos particularmente espigadas, lucía un fez turco sobre la cabeza y vestía un smoking norteamericano del corte más reciente.

El hombre del fez hablaba de los gnósticos. Para él, la herejía nestoriana, admitiendo dos esencias en la persona de Cristo, constituía un hallazgo genial.

–¿Y Carpócrates?...

No. Una sistematización del arrepentimiento, por una previa sistematización del pecado, no era doctrina original. Esa burocracia del mal, dando al «Arrepentíos» de Cristo carácter de orden imperiosa, era cosa grosera y sin inteligencia. La Sofía no podía alcanzarse por este camino. Valentín, en cambio, para no citar a Ario, o a Montano...

La mujer pintada por Madrazo, propuso que se cantara algo a media voz. La oferta pareció agrandar a los comensales. Todos volvieron los rostros hacia ella. Su voz era grave y cálida:

*Full fathom five thy father lies;
Of his bones are coral made;*

*Those are pearls that were his eyes:
Nothing of him that doth fade,
But doth suffer a sea-change
Into something rich and strange.
Sea-nymphs hourly ring his knell:
Todos corearon: Ding-dong!... Y la mujer concluyó:
Hark! Now I hear them: ding, dong, bell!*

La melodía de esa canción era rarísima. Su imprecisión tonal desafiaba la memoria. Nicolás no acababa de atribuírsela a compositor contemporáneo alguno, pues era, evidentemente, algo escrito después de 1910. En ella había mucho de Ravel, mucho de Schoenberg, con arbitrarias inflexiones de vieja balada inglesa.

–Pero óigame... ¿De quién es esto?...

–Mi hermano compuso esta canción de Ariel. (Y señaló hacia el personaje que llevaba fez). ¿No es cierto que es linda?...

–¿Sabe usted que soy compositor?...

–¿Ah, sí?...

Había una indolencia tal en ese «¿ah, sí?», una carencia de interés tan absoluto, que Nicolás, avergonzado como si se hubiese llevado el cuchillo a la boca, no insistió. Y comenzó a hablarse –en torno a las frutas abillantadas– de la misa por la muerte de los enemigos, condenada por supersticiosa y vengativa, en el decimoséptimo concilio toledano.

–Era una práctica extraordinariamente maliciosa –dijo un personaje, que llevaba traje de gala de Virrey del Perú. Se aplicaban a los vivos las antífonas, secuencias y responsos, destinados a los difuntos.

–¿Conocen ustedes el responso «Media Vita» de Notker Bábulu, cantado para los muertos, víctimas de calamidades públicas? –preguntó el hombre del fez.

Nadie lo conocía.

–Tengo un disco grabado por los monjes de la Abadía de St. Pierre de Solesmes!... ¡Qué engorro, no tenerlo aquí a mano!... ¡Señor Chambelán!... Tome un automóvil, y tráigame en el acto la *victrola*. Con los discos que se encuentran debajo del acuario.

El chambelán hizo observar que no podría estar de regreso antes del amanecer. El hombre del fez hizo una mueca de desagrado.

–Ese disco no puede escucharse a la luz del día. Es oficio de tinieblas. Traiga entonces los licores, señor chambelán. Son las cuatro de la madrugada. Apurándonos un poco, podremos llegar a casa de noche.

Se evidenciaba la proximidad de una desbandada, que podía significar la exclusión de Alberto y de Nicolás. Ambos, ansiosos de saber adónde podría conducir todo aquello, temían verse despedidos, como intrusos que eran. Pero la mujer vestida de brocado blanco los tranquilizó:

–¿Supongo que tienen libre la madrugada?...

Se oyó ruido de vajilla. El señor chambelán recogía bandejas, platos y botellas vacías, amontonándolos en manteles que luego anudaba por las cuatro extremidades. Abajo se encendieron los focos de automóviles, que habían llegado silenciosamente en la noche.

[2]

Tras de paredones conventuales, rematados por tesones de botellas, se alzaba la casa –casa cuyos aleros se asentaban sobre puntales de reja, como aún por aquel entonces solían verse en las quintas del Cerro. Un enorme jardín, absolutamente abandonado, mostraba sus canteros rotos por raíces de plantas inútiles, sus senderos invadidos por las hierbas. Enredaderas de calabaza trepaban por sobre la vegetación, dejando colgar a veces, en el vacío, un fruto cobrizo, o irguiendo hacia lo alto una flor amarilla. Todas las plantas trepadoras estaban en pugna por cubrirse unas a otras. Sobre yedra, coralillo; sobre el coralillo, aguinaldo; sobre el aguinaldo, esponja. Los árboles, impotentes y degenerados, estaban atrapados bajo una red sólidamente agarrada a la tierra húmeda y constelada de hongos blancos.

El señor Chambelán apareció con un candelabro de siete ramos, y abrió la puerta solemnemente, hundiéndose en una galería oscura y angosta. Al entrar, Alberto y Nicolás advirtieron que no había tal galería. El vasto salón colonial estaba lleno hasta el techo de bargueños, armarios, cajas, butacas acostadas, relojes normandos, entre los cuales se había abierto un pasadizo que conducía a la escalera. Un ángel de Rheims asomaba la cabeza entre dos tablas rotas. De las cajas salían empuñaduras de sables. Una coraza encogullaba a un santo, izado en lo alto de un aparador. Una cama gigantesca, cubierta de escudos labrados, estaba adosada verticalmente a una pared. La mujer de Madrazo conducía a sus huéspedes a través de ese laberinto.

–En nuestro último viaje a Europa, compramos tantas cosas, que no supimos dónde ponerlas. Por eso abandonamos la planta baja, y nos refugiamos en los altos.

La escalera alcanzaba un salón alfombrado de rojo, adornada por negros y moros de talla barroca, que sostenían cirios. En las mesas, había grandes bandejas, llenas de pétalos marchitos.

–Señor Chambelán. Conduzca estas personas a mi estudio.

Para pasar al otro cuerpo del edificio, era necesario atravesar un puente japonés, tendido entre las ramas de una ceiba. El puente entraba directamente dentro de una larga galería, con piso de mármol, en cuyo centro se abría un estanque que contenía un pargo solitario. Al sentir sobre el agua el resplandor de las velas, el pargo comenzó a girar en redondo.

–¡Ictus!... ¡Ven acá, Ictus!...

La mujer de Madrazo le dio a morder la extremidad de su dedo meñique, acariciándole el lomo escamado con la otra mano.

–Un día, el señor Chambelán nos hizo saber que un pargo había llegado vivo a las cocinas. ¿Acaso íbamos a tolerar que lo asesinaran? Hicimos llamar a los señores albañiles...

Todas las ventanas estaban cerradas. Sin embargo, algo del frescor de la noche penetraba por entre las persianas. Miríadas de grillos cantaban en las vigas del techo. Alberto recordó de pronto que Rosalía, la mulata lavandera, lo estaba esperando en su cama.

–¿Hay teléfono aquí?...

–¿Teléfono?... (La joven de Madrazo lo miró con asombro). Sí. Creo que eso existe en algún lugar de la casa. Pero no sé dónde...

El hombre del fez, erguido ante la victrola, anunció:

–Responso «Media Vita», de Notker Bábulo, Monje de Saint Gall... Apague las luces, señor chambelán.

En la noche, una voz remota y triste, venida del monasterio de Solesmes, entonó la encantación para las víctimas de calamidades públicas, prohibida por la iglesia en el siglo XIV. En la mente de Nicolás se

dibujaron figuras de antifonario: notas cuadradas, troqueos y clivis; pautas rojas y verdes. Después de aquel disco, se escuchó un «Dies Irae». Luego, secuencias y graduales, seguidos de un «Jubilate».

Con el último latín, el alba se escurrió por entre las persianas. El señor Chambelán se acercó a los intrusos:

–Se han dado órdenes para conducir a los señores... Abajo, esperaba un automóvil Renault del año 1912.

[3]

Alineadas contra las paredes, por orden de tamaño, las cazuelas de cobre reflejaban las llamas de las velas. En las murallas se abrían largos nichos, con bancos de mosaicos antiguos, cuyos diseños parecían haber sido trazados al creyón azul. Había personajes de tricornio, llevando aves en las manos; un organillero, un bululú, un negro tocando la flauta; varias aldeanas manteaban un pelele.

–Traje estos mosaicos de Coimbra. Mire éste: un marino con pata de palo narra sus viajes a un corro de niños. Y aquél, con un tridente, amenaza a un bromista, oculto dentro de un tonel.

Alberto se asombraba de su cortedad. Aún no sabía quiénes eran parientes en aquella reunión, o quiénes resultaban, como él, simples invitados. Esa noche, todos estaban vestidos normalmente, salvo la mujer de Madrazo, fiel a sus modas del Segundo Imperio. Y sin embargo, no parecía que esos rostros pudiesen ser visibles en parte alguna, fuera de aquella casa. ¿De dónde habían salido los trajes que todos vestían la noche del banquete entre las ruinas?... Fue lo único que Alberto se atrevió a preguntar.

La mujer de Madrazo lo tomó de la mano, llevándolo, por oscuras escaleras interiores, al desván de la casa. Había largos armarios de cristal, donde estaban colgados trajes antiguos. Un uniforme de calesero, con sus botas y su chistera. Varias libreas de lacayos. Casacas de Virreyes del Perú, y capitanes generales de Cuba. Bicornios de embajadores. Vestidos de damas de corte. Una suntuosa túnica de obispo, rodeada de albas, mitras y estolas. Y hasta un atavío de loriga, toca emplumada y coturnos, como los que habían servido a los actores del Gran Siglo para representar papeles de Mitrídates, Horacio o Hipólito.

–Esto es el tesoro de mi familia. Algunos trajes son heredados. Otros llegaron aquí, no se sabe cómo... Por sí solos. Muchas noches, nos disfrazamos, yendo a lugares que no ostentan la huella de la época. ¿Cree acaso que trajes como el que lleva, es de los que merezcan conservarse en vitrinas?...

El desván olía a incienso. La luz del candelabro doraba los tintes pasados, de pastel viejo, de las sedas y de los encajes. Alberto se enfrascó en un largo discurso, que partía de las banalidades de la época, para orientarse certeramente hacia una confesión que quería dotar a la vez de un tono sincero y singular. Pero el eco le devolvía el sonido en falsete de su propia voz y cada palabra pronunciada le parecía más tonta que la anterior. Su conciencia le hacía muecas: «Estás más cursi que Rubén Darío en la prosa de *Azul*... ¿La casa de Usher? Previsto, hijo. Previsto. Tenía que salir. ¿Que buscaste el camino de esta casa durante semanas enteras?... No hay que dárselas de inteligente para hallar semejante argumento sentimental. Y tomas ese tono profundo y conmovido para decirle que sus ojos, su canción de la otra noche, etc., etc.?...»

El silencio se hizo en el desván.

–No he comprendido lo que quiso decirme–, concluyó la mujer de Madrazo. Pero no importa. Cuando se tienen ganas de hablar, hay que hacerlo. Por uno mismo. Tengo un San Dionisio, en mi

habitación, con el que suelo conversar horas enteras. Como tiene cabeza, no puede responderme. Pero nos entendemos muy bien. ¿Conoce usted ese disparate de Goya, en que un personaje decapitado da cucharadas de sopa a su propia cabeza?... Es la esencia del monólogo. Pero ahora vamos al jardín. Creo que el señor Comodoro ha organizado una piñata.

Armados de bastos, con los ojos vendados, los invitados apaleaban el aire. Al fin se desprendió de lo alto una corona de cartón, llena de objetos envueltos en papel dorado.

–Cada cual tiene el suyo.

A Alberto le tocó una colección de caracoles veteados de ocre y de negro. Nicolás los conocía. Eran del valle de Viñales.

–Caracoles de tierra. Los hay ahí por centenares, dijo la de los brocados.

Al alba, los viejos automóviles rodaban, con gran estrépito, por la carretera de Pinar del Río. Alguien había sugerido la idea de buscar más caracoles al pie de los Mogotes. Con el rostro envuelto en gasas, la mujer sugería un itinerario.

–Primero iremos al río subterráneo. Luego, a la caverna de los Nibelungos. Sí. Son unos campesinos pálidos y cubiertos de pelos, que he bautizado Mime, Alberico y Fafner.

Nicolás estaba furioso. ¿A qué venía esta cursilería wagneriana, en tales momentos?... Alberto no sabía qué pensar. Esa gente, en todo caso, no se parecía a las demás. Con ellos, se vivía siempre dentro de lo imprevisto y lo insólito. Nicolás se repetía mentalmente: mi, do, la, -mi, do-mi-re- si... si. Los postes telegráficos, que se acercaban y alejaban, en un ritmo invariable, encuadraban el tema con regularidad metronómica.

[4]

En el mediodía, un vasto zumbido de avispas se desprendía de los mogotes. Piedras rotas dejaban ver sus entrañas de conchas petrificadas. Al pie de las rocas yacían caracoles alargados, cuyas espirales pasaban del ocre profundo y del negro, al amarillo canario. A veces aparecía un «bastón», de un centímetro de largo, delgado como una aguja, con una increíble finura de talla. El sol caía de lleno sobre el valle, haciendo correr el sudor debajo de las ropas. Cansado de estar en cuclillas, Nicolás se estiró con un bostezo, mirando hacia lo alto... Los dragos de tronco verdoso lo fascinaban. Desde hacía rato, trataba de aparear dos ejemplares iguales, sin lograrlo. Árbol adaptado a una vida colgante, de raíces prendidas en flancos de acantilados, con toda una vida consagrada al vacío, al alejamiento de la tierra, adoptaba formas arbitrariamente funcionales. Si estaba ahogado por las sombras, ascendía en busca de luz, cada vez más delgado, ostentando dos o tres enormes hojas, en la extremidad de un tallo grotescamente estirado. Si estaba destinado a alimentarse con dedales de tierra pobre, esparcidos en muralla de piedras, cobraba configuración de cangrejo, recogiendo e hinchando su tronco, y lanzando tenazas múltiples al asalto de la montaña. Había dragos que parecían un cocodrilo hundido hasta el cuello en el limo; los había con tentáculos, agarraderas, arpones, piernas de mujer, y sexos que sombreaba una pelambre de orquídeas. Los había, también, que después de crecer con la copa hacia abajo, se habían enderezado súbitamente, levantándose con garbo de candelabros, meciéndose con un crujir de cuero de caballo mal curtido, y tirando de raíces que dibujaban manos enormes de pulpa estrellada.

–Es la única especie de árbol antediluviano que existe en el mundo– dijo la mujer de Madrazo.

Mentalmente, Nicolás se encogió de hombros. Era cierto tal vez. Pero bastaba que ella lo dijera, para que la incredulidad se le impusiera como un deber. Estaba exasperado por esta tendencia a intelectualizarlo

todo. Los guajiros que vivían en una caverna, eran nibelungos. Aquel peñón triangular era la roca de Brunhilda... Y el otro, el hermano, que parecía ausente en medio del esplendor del valle. En presencia de tantos cactus, de tantas lianas, de tantos olores, enredaderas, flores, pájaros, telarañas, grillos, ranas y piedras con formas admirables, Nicolás hinchaba el pecho, aborreciendo toda literatura. ¡Gente que vivía de noche!... No había más que ver lo descoloridos, lo endeble, lo falsos que lucían, con sus ropas de admirable línea, ¡en medio de aquel campo constelado de mierda de vacas!... Nicolás sintió una insolente necesidad de quitarse la camisa para lucir el tórax. Pero nadie lo miraba. Comenzó entonces a arrojar piedras a lo alto, colocándose en su lugar de caída, y sacando el cuerpo a tiempo para no recibir las en la cabeza. Era juego infantil y aburrido. Pero no importaba. Quería demostrar preocupaciones antiliterarias. Hizo acrobacias; anduvo en cuatro patas, imitando mugidos; se colgó de una rama cabeza abajo. Continuamente lanzaba miradas irónicas a Alberto, que seguía dócilmente, con cortesías de faldero, a esa mujer de piernas flacas que, con un velo de tul anudado en la barba, le evocaba fotografías de automovilistas del año 1900. Llevado por una insolencia que se imponía a su espíritu, fue a orinar detrás de un árbol, lo bastante cerca para que los recogedores de caracoles oyeran el ruido que producía el líquido al caer sobre lecho de hojas secas.

Ninguno de esos manejos escapaba a Alberto, que sentía una sorda y creciente alegría al ver cómo su amigo se ponía en fea postura. Lo hallaba ridículo, torpe, pueril, hallando en ello una justificación al ridículo propio. Porque Alberto, desde aquella mañana, se encontraba casi grotesco con aquel corazón al descubierto, aunque se sabía desarmado de antemano, y reconocía que ninguna voluntad ajena podía apartarlo del terreno en que se hundía. La delgadez de la mujer de Madrazo lo enternecía. El tul que rodeaba su rostro era la cosa más hermosa que hubiese en el mundo. Andando, andando, llegaron a la boca de una caverna. La mujer le pidió la linterna.

—¿Teme usted a los murciélagos?...

—No.

—Agárreme de la mano...

Ambos penetraron en un dédalo de criptas, pasadizos, cámaras oscuras, donde las estalagmitas dibujaban extrañas cosas. La mujer lanzaba gritos de asombro; se detenía, palpaba, jugaba con las sombras. Alberto, torpemente, con el excesivo arresto del tímido, la agarró por la cintura, dejando caer un beso tonto, de topetazo, en la tela que la vestía. Ella se zafó bruscamente, enfocándolo de frente con la luz de la linterna. La situación era terrible. Ella estaba en la oscuridad. Alberto no podía leer en su rostro cuál era la reacción después de su gesto. Pensó en pedir perdón. Pero... ¿y si no tenía por qué pedirlo? ¿Qué había detrás del ojo redondo de aquel rayo amarillo que lo cegaba?... Esbozó gestos que nada significaban. Al fin, con una sensación de desamparo profundo, se sentó en una piedra. La luz seguía inmóvil. Alberto tosió. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Una picazón aguda, de alfileres fríos, le invadía la garganta. La luz no se había movido, cuando un ataque de asma le puso en los hombros sus mantas de plomo. Entonces, una voz lejana rompió el silencio:

—Se siente mal.

—Sí. No debería haber penetrado en esta caverna. Además, padezco de claustrofobia. La sensación de estar en lugar cerrado me aterra.

El silbido de sus bronquios sonaba ahora con lenta regularidad. Un pulgar de acero se apretaba entre sus dos clavículas. Una ancha vena se hinchaba en su frente. Sudaba, y tenía frío. Sus manos estaban mojadas.

—¿Por qué no sale a respirar?...

Le hubiera sido imposible saber si había algún dejo de compasión, al menos, en esa voz que había hablado detrás de la linterna. Como insecto guiado por una luz, anduvo pesadamente hacia la salida. Apenas cayó sobre ella la claridad de fuera, Alberto interrogó su semblante. Reinaba en él la misma indiferencia melancólica de siempre. «Animula, vagula, blandula», se dijo, recordando un verso de Adriano.

—¿Qué puede hacerse para aliviarlo?...

No había dicho: «qué puedo hacer». Alberto hizo un gesto negativo, indicando que no podía hablar. Se sentía pequeño, ridículo, digno de la conmiseración que inspira un pobre. Para colmo, Nicolás apareció en aquel instante.

—¿Qué?... ¿Gabriel d'Annunzio está con asma?...

—¿Por qué lo llama usted Gabriel d'Annunzio?... ¿Es mote?

—No. Pero es que eso de visitar cavernas y subterráneos en compañía de la mujer que se ama, ¡es cosa digna de Gabriel d'Annunzio!...

Alberto, que ya estaba congestionado, creyó que la sangre le rompería las sienas. La joven había vuelto la cabeza con indiferencia. No veía la oportunidad de la alusión a Gabriel d'Annunzio. Alberto, sí. Nicolás lo hallaba decadente, finisecular, con perfume de flores marchitas y satanismos de bazar. Había seguido, con tremenda ironía, su naciente pasión, estimando que no valía la pena dárselas de «moderno» para entregarse de lleno a una atmósfera cuyo arte aborrecían todos los de su generación.

Súbitamente, la crisis comenzó a ceder. Caminando muy lentamente, fueron hacia la desembocadura de un río subterráneo, que salía de una enorme bóveda de piedra, tapizada de helechos. En fondo de barro asomaban pinzas de langostinos. El frescor del agua mansa acabó de calmar a Alberto.

—¿No le hará daño esta humedad?...

Por primera vez había un tono algo maternal, imperceptiblemente tierno, en sus palabras. Alberto, que hubiera querido vencer por bruto, se sentía perdonado por débil. Un guajiro pasó cantando una décima a todo pulmón. Nicolás echó a correr detrás de él, después de afirmar que no había más arte que aquél, y que todo el resto solo era intelectualismo para uso de los estetas. Alberto estaba asombrado por aquel deseo reiterado de decir cosas desagradables.

—No sé... Pero creo que hoy ha perdido usted un amigo.

—Tal vez —dijo Alberto cobardemente, sin saber si ella censuraba sus malacrianzas, o si, advirtiendo su papel de víctima, se solidarizaba con él.

—¿Tengo yo la culpa?...

—Nicolás no puede admitir vuestra manera de vivir.

—¿Qué tiene de extraño?...

—Oh, nada... Nada.

—¡Claudia!...

—¿Qué?...

—Nada.

A las ocho de la noche, cuando ya los autos esperaban en la puerta del destartado hotel de los baños, los recogedores de caracoles decidieron pasar la noche allí, para ir, al día siguiente, a los pinares de Ancón.

—Todo el valle está lleno de ricinos plateados —dijo Claudia. Un verdadero paisaje de Siena. Nunca he estado en Siena, pero me imagino su campiña con ricinos plateados.

Viendo que también Alberto alababa el paisaje de Siena, Nicolás se levantó furioso, declarando que tenía que hacer aquella misma noche en la Habana. El Comodoro estaba en el timón del auto.

–Yo no sé cómo tú soportas a esa gente. Todo en ellos es artificial. Todo. Voy a ir por todo el camino gritando malas palabras para desahogarme.

–Mándame de Pinar del Río una caja de ampulas de adrenalina y una jeringuilla –dijo Alberto. Siento que las emanaciones sulfurosas de los manantiales me van a producir un nuevo ataque.

–¿Y te quedas?...

–Me agrada este lugar.

Aquella noche, como nada tenía para variar su tocado, Claudia bajó al comedor con la cabellera suelta, plantada de lirios. Alberto se alegró de que Nicolás se hubiese marchado. Así podía contemplarla incansablemente, sin tener que avergonzarse de su prerrafaelismo trasnochado. Se hicieron, después, dibujos en colaboración. Se combinaron, en una mesa, objetos que no tuvieran relación entre sí, para crear contrastes singulares. Claudia obtuvo todos los sufragios, al colocar un langostino y una Biblia, debajo de un paraguas abierto. Alberto trató de emularla, paseando sobre el billar con una regadera. Se jugó a las prendas con penalidades tales como pintarse el rostro con tinta verde. Al fin los vecinos protestaron.

–Buenas noches, Claudia.

–Buenas noches, Alberto.

Se encendió la ventana de un cuarto de criadas. Había una mujer desnuda. Alberto pensó que si miraba, le traería mala suerte. Y, como primer sacrificio que le exigiera Claudia, cerró sus persianas con gesto seco. **C**

